

en la portería, cuando Juan Dantenac tuvo una inspiración.

—Quiero verla —dijo con energía;— vengo de muy lejos y la traigo noticias muy importantes... que la interesan.

Y añadió, viendo que la portera vacilaba:

—Soy pariente suyo. ¿Desde cuándo está prohibido hablar á las gentes?

Una voz hueca salió de las profundidades de la caverna:

—Déjale pasar—decía;—los negocios de los demás no nos importan.

—Es que esta es una casa honrada y no queremos escándalos, ¿entiende usted?

Después añadió bruscamente:

—En el último piso, la puerta del fondo, á la izquierda.

Juan Dantenac no preguntó más.

Se lanzó resueltamente por la escalera, muy iluminada, porque al pasar el ilustre millonario la viuda había encendido todas las luces, y en dos saltos se encontró en el corredor del último piso.

No se oía ningún ruido, y tan sólo en la puerta del fondo se filtraba un débil rayo de luz que trazaba una línea blanca sobre el suelo.

Juan Dantenac se acercó y llamó suavemente en aquella puerta.

## XXVII

## Explicación.

La puerta se entreabrió y apareció Benedetta en el hueco, sin decir palabra, y con una palmatoria en la mano.

La joven apagó un grito de sorpresa, de espanto tal vez.

Al mismo tiempo se quedó pálida como el mármol y tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer desvanecida.

Juan Dantenac ya estaba dentro, y después de cerrar la puerta avanzó en la habitación, que examinaba con tanta curiosidad como asombro.

—¿Eres tú, Juan?—dijo la joven con dulzura.

—Sí, yo soy. No me esperabas, ¿verdad?

—Seguramente, no. ¿Y hace mucho que has dejado á Luchón?

—Mucho. Hace próximamente dos meses que he venido á París.

—¿Y qué hacías?

—Te buscaba.

Esta sencilla respuesta la conmovió hasta el fondo del alma.

—¡A mí!—balbució.

Después suspiró profundamente y guardó silencio.

En seguida se acercó á la ventana, apoyándose en ella.

En el jardín se oía el ligero ruido que

producen los pasos lentos de una persona sobre la arena.

Era la excelente señora Piot, que vigilaba.

—Si acaso te molesto—dijo Dantenac,—dispénsame, voy á dejarte muy pronto.

—Tú no me molestas, Juan. ¿En qué podrías molestarme?

—Tú lo sabrás.

—¿De modo que he sido la causa de que vengas á París?

—Sí, tú has sido. Tú nos has sumido á todos en la mayor desgracia. Tu tía Julia está desconocida. En seis meses ha envejecido por diez años. Tu hermana, tan alegre en otro tiempo, está siempre triste... Tu casa parece un cementerio... Tus amigos...

—¿Rabastoul, mi padrino?—dijo ella vivamente,

—Rabastoul está consternado; Barrouse lo mismo. El cura no pronuncia nunca tu nombre. No tendrían tanta pena, si al menos supieran lo que es de ti.

La voz de Juan Dantenac se apagaba.

Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para contenerse.

El recuerdo del barón Mosés saliendo de aquella habitación, donde sin duda acariciaba á su querida, en aquel barrio desconocido, le acometía con un acceso de rabia, que sólo podía contenerse pensando:

—¡Lo he prometido, lo he prometido! Benedetta le dijo con angelical dulzura:

—Siéntate, Juan. Ya sabes que avisé á Marieta, y en la carta puse dos letras para ti.

—Ya lo sé; unas palabras que yo no esperaba. ¡Nunca lo hubiera creído! ¿Por qué te dió esa idea, Benedetta?

El joven se iba animando poco á poco.

—En el país han hablado mucho de ti. Hay lenguas venenosas. Se conoce que hemos sido demasiado dichosos, porque hemos inspirado muchas envidias. ¡Qué horrores, qué infamias se han dicho!

Se detuvo. La actitud silenciosa y resignada de Benedetta le asombraba.

—Yo te he defendido—añadió haciendo un esfuerzo,—y me pregunto ahora si no soy el que vivía engañado.

La joven no desplegó los labios.

Apenas si pudo balbucear con voz dolida esta sola palabra:

—¡Juan!

El orgullo de los hombres es feroz.

Dantenac continuó sin hacer caso de aquella súplica:

—Los otros tenían razón. Era preciso que hubiera en tu pasado un vergonzoso secreto para que tú te decidieras á huir de Marignac, faltando á tu palabra y escondiéndote donde ahora te encuentro... Ese secreto ¿cuál es?

—Juan—murmuró la joven,—¿por qué volver á hablar de lo que ya no tiene remedio?

¿Fué la voz quejumbrosa de la pobre joven lo que le apaciguó?

¿Se acordó de la promesa que había hecho al marqués de Causседé?

El hecho es que el joven se tranquilizó y prosiguió afectuosamente:

—¿Que no tiene remedio? ¿Por qué empeñarte en ser desgraciada cuando todos queremos hacerte dichosa? ¿Por qué permaneces aquí? Vuélvete con nosotros. Allí hay gentes que te acusan, ¿pero qué nos importa? ¡Nosotros te amaremos! Esta locura se olvidará pronto. El tiempo todo lo borra. Volveremos á ser felices como en días pasados, y de este penoso periodo sólo nos quedará el recuerdo que deja un sueño desagradable. Dí, ¿quieres?...

—Yo querría—murmuró la joven,—pero es imposible.

—¿Por qué?

—¿Y acaso te lo puedo decir? ¡Por Dios, Juan, no me hagas sufrir! Yo no tengo para tí más que cariño sincero. Nuestros proyectos me halagaban tanto ó más que á tí, pero la carta que dejé á mi hermana en aquella horrible noche de noviembre, te dijo toda la verdad. No puedo ser tuya... ni de nadie. Estoy condenada á sufrir sola mi desventura, que es más horrible de lo que tú puedes figurarte.

—¿Y la mía? —exclamó Dantenac.— ¿Acaso crees que es pequeña? ¡Desde que tú desapareciste no he vivido! Veinte veces he tenido la idea de precipitarme desde lo alto de una roca. Hace dos meses que vivo errante en París, y cada vez que cruzo sobre un puente siento ansias locas

de precipitarme en la corriente para poner fin á mis amarguras. Mirame, mis mejores amigos apenas si podrian reconocerme.

La joven le contempló como pedía y su corazón se sintió oprimido por horrible angustia.

Estaba, es efecto, completamente desconocido. Una pena intensa puede causar más estragos que una enfermedad mortal.

La joven tuvo compasión de aquella pena por ella motivada, y dijo acercándose al joven:

—Juan, es preciso que me oigas y me creas.

—Habla.

Y con la tierna familiaridad de los antiguos días, le preguntó:

—Si te falta el valor, ¿qué harás?

—No lo sé. Me alistaré en la legión extranjera, por ejemplo, para ir á esas colonias de donde no se vuelve; abandonaré nuestro país, puesto que tú no estás allí, y si mi cadena me parece demasiado pesada, siempre encontraré algún medio de librarme de ella.

—¡Pero eso que dices es insensato!

—Más horrible aún es lo que me sucede... Yo amaba á una joven de quien nadie se hubiera permitido murmurar... ¿Qué digo yo amaría? La adoraba; debíamos casarnos, y ella me aseguraba que me correspondía... ¿Te acuerdas? Me lo asegurabas aquella noche que me acompañaste hasta Guran.

—Juan—dijo Benedetta gravemente,—te juro que no te engañaba; ya sabes que nunca he mentido.

—¡Yo te creía!... Bruscamente vagos rumores, que fueron acentuándose poco á poco, se levantaron contra ti y te acusaron despiadadamente. Tu palidez, tu continuo malestar, eran indicios graves. Por fin, tu huida fué una confesión. Desde entonces, ni aun tus mejores amigos se atrevieron á defenderte.

La joven se había dejado caer abatida sobre una silla, haciendo impotentes esfuerzos por ocultar su emoción.

—¿Qué decían?—preguntó.

—¡Es tan penoso de oír!

—No importa; quiero saberlo.

—Pues bien; decían que eras ambiciosa, coqueta, ligera; que las promesas de los parisienses te habían trastornado el juicio; que tú habías prometido á alguno reunirse con él, y que la esperanza del lujo te cegaba. Por último, dijeron que si te habías ido de Marignac era porque el tiempo te apremiaba.

—¡El lujo!—murmuró la desgraciada, lanzando una ojeada á la desnudez de su cuarto.

Y añadió en alta voz:

—¿No decían con quién, al menos?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con un miserable, con un ser odioso, á pesar de sus millones.

—¿Pero quién es?

—El hombre que acaba de salir de aquí. Benedetta se estremeció de pies á cabeza con un sacudimiento convulsivo. Decididamente, todo se conjuraba en contra suya.

—¡Ah!—¿Le has visto?—exclamó.

—Sí, el barón Mosés, el viejo Mosés, ¡tu amante! El que te perseguía en el país... porque ya he atado muchos cabos; yo mismo le conducía cuando iba á verte.

Benedetta inclinó la cabeza sobre el pecho.

¿A qué luchar con el destino? ¿á qué oponerse á aquella inexorable fatalidad, que en todas partes encontraba argumentos para condenarla? Además, ¿no había tomado su partido?

Se incorporó y con acento desfallecido, dijo:

—Ya ves que el mal es irremediable, cuando tú mismo lo reconoces.

—¿Y cómo podría yo dudar?

—Es cierto; mi madre, si viviera, me condenaría. Por eso, porque lo comprendo así, es por lo que renuncio á mi país, á mis amigos, á todo, en fin. Rompo con el pasado y con el porvenir. Estoy decidida.

—¿De modo que no volverás á Marignac?

—¡Nunca!

—¿Vivirás en París?

—¡Aquí lucharé con mi destino!

—No encontrarás obstáculos, tus protectores son ricos—dijo Juan Dante—

nac, que difícilmente contenía la cólera.

La joven no pudo contener un movimiento de protesta.

—Son muy ricos—dijo,—y yo he estado á punto de morir de hambre.

Juan Dantenac oyó mal, y no comprendió.

—¿Qué dices?—murmuró.

Benedetta se arrepintió en seguida de sus palabras.

—Nada.

—¿No quieres defenderte?

—¿Para qué?

Juan se levantó, se aproximó á la joven, y cogiéndola una mano dijo con voz alterada:

—Para que yo pueda amarte todavía, para amarte siempre, para que la aversión no reemplace al cariño que te tengo, para que sea menos desgraciado.

Y como ella siguiera en silencio, exclamó con cólera:

—¡Habla!

Benedetta retiró bruscamente la mano que el joven estrechaba entre las suyas, diciendo:

—Me haces daño.

—Perdón—dijo él;—soy un bruto... Olvido mi promesa y te maltraté... ¡A ti, Benedetta!

Dantenac permaneció un instante con el codo apoyado en la chimenea y la frente entre las manos.

Benedetta no veía su rostro; pero por el movimiento de sus hombros, por el ex-

tremecimiento de las manos, que parecían querer arrancar con rabia las lágrimas de sus ojos, comprendía su tortura, su amor siempre vivo, ¡su dolor!

—Concluyamos—dijo Dantenac con soberbia tristeza;—yo esperaba mejor resultado de esta entrevista; esperaba que, al menos, tendrías el valor de confesar tu falta, tu locura... ¿No quieres?... Me marchó... me voy para no volver á verte más. ¡Adiós, que seas dichosa!... Yo voy á tratar de serlo.

Benedetta no hizo el menor movimiento, permaneciendo como clavada en el suelo.

Se oyeron en el corredor pasos vacilantes, que luego fueron perdiéndose en la escalera.

Después se oyó girar la maciza puerta, adornada de clavos, y al cerrarse hizo que se estremeciera toda la casa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

